

## UN ESCRITOR VIAJERO : OCTAVIO MIRBEAU

El escritor Octave Mirbeau, que hoy traigo a estas páginas, nació en Trévières (Baja Normandía, tierra de prados y acantilados) el 16 de febrero de 1848 - precisamente el año de la revolución que dio al traste con la monarquía de Luis Felipe de Orleans-, y murió en París el 16 de febrero de 1917, justo cuando la primera guerra mundial estaba en todo su apogeo. Sesenta y nueve años de existencia, ni un día más ni un día menos, que don Octavio aprovechó para escribir - teatro, novela, infinidad de artículos (dicen que era el periodista mejor pagado de su tiempo), cuentos y críticas de arte-; vivir ardientes amores y desamores, polemizar contra todos los gerifaltes de la derecha de entonces -le llamaban el “millonario rojo”-, denostar contra curas y frailes y, redomado hedonista, disfrutar de todos los deleites de la vida. Una vida, justo es reconocerlo, llena de contradicciones y postulados absurdos, algunos tan lamentables como considerar que una persona de izquierdas jamás debe ir a votar. Él lo dice bien claro en uno de sus libros: La huelga de las urnas:

"Los corderos van al matadero. No se dicen nada ni esperan nada. Pero al menos no votan por el matarife que los sacrificará ni por el burgués que se los comerá. Más bestia que las bestias, más cordero que los corderos, el elector designa a su matarife y elige a su burgués. Ha hecho revoluciones para conquistar ese derecho."

¿Desencanto ante los pésimos resultados que la clase obrera había conseguido en Francia después de tantas revoluciones y barricadas? Indudablemente que sí, pero también fruto de la asimilación de las doctrinas anarco-libertarias que consideraban que el voto es un asunto meramente burgués, que no le afecta para nada al obrero y que, ganen unos u otros, su situación no cambiará. Las mismas ideas que en la España de los años treinta tanto ayudaron a que las elecciones de 1933 las ganara la derecha y con ellas nos llegara el bienio negro.

A estas contradicciones podríamos añadir otras muchas. Sin embargo, no toda la obra de Mirbeau es deleznable. Justo es señalar a su favor su valiente posición en el affaire Dreyfus, sobre todo después de que en 1898 Emile Zola se partiera el pecho con su famoso J'accuse; su decidido talante de escritor engagé, que denuncia las atrocidades que se cometen por doquier -crucial en este sentido es el libro *Le jardin des supplices*-; sus valiosísimas críticas de arte -fue el gran descubridor de los impresionistas y amigo personal de Claude Monet-, la profundidad psicológica de algunas de sus novelas y el inmisericorde destape que hace en su autobiografía novelada *Sebastian Roch*, del mundo hipócrita y depravado de los colegios de curas. Una auténtica denuncia de todo un sistema de enseñanza -el internado-, muy en boga en aquella época y años posteriores. Cabe preguntarse, ¿las aberraciones que él señala de su internado jesuítico de Vannes -ciudad bretona en el estuario del río Marle-, son exclusivas de ese colegio o se repiten en todos los demás? Habría que hacer una investigación exhaustiva para responder a esta pregunta. Algo imposible

realizar.

Otro punto muy a favor de Octave Mirbeau que jamás se debe olvidar, es su amor por los animales. Él fue el primer escritor francés que dedicó un libro completo a un animal: su perro, Dingo. Alphonse Daudet ya le había precedido con un delicioso cuento sobre una cabra, *La chevre de monsieur Seguin*, pero sólo era un cuento dentro de un todo diverso. Un detalle curioso: el libro del perro Dingo apareció en 1913, el mismo año que en España se publica *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez. ¿Sería que estaba en el aire el amor y respeto a los animales?

Presentado el autor, se impone ahora hablar del libro que acabo de abrir. Me la ha enviado de Cádiz una amiga, la profesora y ensayista Lola Bermúdez, en versión española, y es obra del equipo de traductoras que ella dirige. No es la primera vez que el departamento de filología francesa de la Universidad de Cádiz me sorprende con una obra que merece la pena leer y comentar. Hace poco, realizada por este mismo departamento de la Facultad de Filosofía y Letras, me llegó una antología de plumas femeninas en las antiguas colonias francesas de África, que era todo un modelo de selección y traducción; hoy me llega este libro de viajes, de título tan original como enigmático, y mañana... ¿qué nos ofrecerán estas mujeres mañana? Estoy seguro que será algo que también merecerá la pena leer y comentar. Y es que estas mujeres no paran. Huelga añadir que en todos estos casos la calidad de la prosa castellana es inmejorable. Ni un solo pleonismo, ni un solecismo, ni un laísmo ni galicismo. No ocurre así con otros libros.

Esta novela viajera -o acaso libro de viajes novelado-, se abre con un extenso prólogo de Lola Bermúdez en el que analiza con todo pormenor y precisión la obra, al tiempo que anuncia al lector algunas de las novedades que se va a encontrar. La primera, ya se la ha encontrado: es el título, 628-E8, corresponde a la matrícula de un coche; la segunda, el protagonista, es el mismo coche que, de simple máquina de transporte, se convierte en ente que conduce a la libertad y evasión; y la tercera, el tema, un viaje por el norte de Francia, Bélgica, Holanda, Alemania y... la propia mente del autor; por último, la fecha del viaje: 1903, cuando viajar en coche aún era una aventura. Por último, insiste en la modernidad del libro, en el que hombre y máquina se fusionan en un todo.

Tampoco aquí faltan las contradicciones: el escritor anarquista viaja con chofer y se hospeda en los mejores hoteles, el antimilitarista consumado prodiga aquí y allá sus elogios al país más militarizado de aquellos años: la Alemania de Guillermo II. Pero también aquí hay mucha materia digna de recuerdo y encomio. Valga como ejemplo este pequeño fragmento sobre la mujer alemana:

La mujer alemana no pretende asombrarnos, ni deslumbrarnos, pretende aprender más y comprender más, mediante el contacto con los otros. Es sincera, natural, apasionada e inteligente -lo que resulta muy seductor- y, como pertenece a una raza especialmente dotada de espíritu crítico, sucede que, sin quererlo, a veces nos pone en un apuro, incluso en temas que creíamos dominar. Lo que más aprecio de Alemania es ella que considero la más preciosa de las elegancias femeninas: que, con la más sólida de las

culturas, una mujer sepa seguir siendo mujer, y no sea nunca pedante. Sus deberes de esposa, de madre, de ama de casa, no la rebajan, no le causan ni disgusto, ni aburrimiento, ni asco.

¿Es así efectivamente la mujer alemana? Las pocas que yo he conocido, justo es reconocerlo, se aproximan bastante a este retrato ideal.

Otra cita, ahora sobre Bélgica:

...Procesiones, repiqueteos, ceremonias extravagantes y medievales, iglesias llenas, rebosantes de cánticos, altarcillos en aposentos privados, espaldas doblegadas y manos orantes... y sacerdotes insolentes, ladrones y lascivos, y obispos terroríficos, de rostro inquisitorial.

¿Qué hubieshe dicho don Octavio si llega a conocer lo que Baroja llamó el clericus hispanicus? Él se lo perdió

Francisco Gil Craviotto.

\* \* \*